Las dos caras de una lámpara

Shyvirelle

En el refugio polar de Hálito, las instrucciones no se perdían por falta de luz. Se perdían porque había una sola lámpara y dos maneras de usarla.

Su panel tenía dos caras. La de vidrio lechoso iluminaba, a pocos centímetros, los signos impresos en las láminas de servicio. Era la única luz capaz de distinguir sus trazos diminutos. Al girar el panel, la cara oscura lanzaba un resplandor horizontal que hacía visibles, a lo lejos, las huellas y los pequeños desniveles del suelo sensible a la presión. Los técnicos llamaban a ese segundo modo «pasos».

Una cara no podía funcionar mientras lo hacía la otra. Alguien debía elegir entre leer lo que había que hacer o ver por dónde avanzaban los demás.

A Nerea, operadora del refugio, le parecía una limitación tolerable hasta la mañana en que el corredor de servicio quedó aislado por una puerta que no respondía al sistema central. En el extremo opuesto esperaba un módulo de suministro. Entre ambos se extendía un tramo sin ventanas, donde las placas del piso se habían desplazado durante la noche. Nada de aquello era una expedición al exterior; el peligro estaba dentro de casa, a doce metros de una mesa y de un armario lleno de herramientas que no podían alcanzar.

Nerea llevó la lámpara al puesto de lectura. Encontró en la lámina una secuencia de símbolos que indicaba qué placas del pasillo podían soportar el peso de una persona y dónde estaba el acceso manual del otro extremo. Las letras eran tan finas que, al alejar el panel, se convertían en una mancha.

—Primero la banda clara. Después dos pasos a la derecha —leyó—. Esperen a que gire la lámpara.

Ivo, al otro lado del marco, creyó oír «tres pasos». Luz, que lo acompañaba, no escuchó nada: una ventilación defectuosa amplificaba el roce del metal y se tragaba las consonantes. En cuanto Nerea cambió al modo «pasos», los dos comenzaron a moverse. Para ella, la lámina quedó negra.

El panel mostró las huellas viejas sobre el suelo. Ivo colocó un pie donde terminaba la última marca, pero la placa respondió con una oscilación tenue. Luz lo sujetó por el hombro antes de que transfiriera su peso. Permanecieron inmóviles.

—¿Dónde están? —preguntó Nerea.

—En el segundo tramo —contestó Luz.

Nerea necesitaba volver a leer el símbolo siguiente. Giró el panel a la cara lechosa. Desde el marco oyó una suela rozar el suelo. La luz de cerca dejó de mostrarle a sus compañeros y, por un instante, no supo si estaban quietos o si se habían separado para rodear la placa. Leyó una instrucción, pero ya no podía identificar qué paso correspondía a cuál de las dos personas.

—No sigan —ordenó.

Su propia voz salió demasiado tarde. Ivo había intentado volver por la huella anterior. La placa que pisó se inclinó como una tapa mal cerrada. Luz logró hacerlo retroceder hacia la banda firme de la entrada. Ninguno cayó, pero el sonido seco de aquel movimiento permaneció mucho tiempo en el pasillo.

Regresaron los tres al módulo de lectura. Ivo había entendido mal una cifra; Nerea había supuesto que todos esperaban su orden; Luz, que sí había visto el riesgo, no había tenido modo de mostrarle a Nerea dónde empezaba. Las tres versiones eran compatibles y, juntas, habían producido el error.

—Necesitamos otra lámpara —dijo Ivo.

—No hay otra —respondió Nerea.

—Entonces alguien tiene que aprenderse todo el recorrido.

Nerea miró la lámina. Contenía seis secuencias, cada una dependiente de una marca distinta del suelo. Memorizarla no resolvería la duda sobre la posición real de quien caminaba. Tampoco podía prometer que los símbolos significaran lo mismo si una placa se movía otra vez.

Fue Luz quien puso la lámpara sobre el banco estrecho junto a la boca del corredor. Hasta entonces, Nerea la había dejado dentro de una cabina, porque allí la habían instalado. El banco estaba a la vista de quienes aún no habían entrado en el tramo sin ventanas. Desde ese punto se podían ver las caras, y el giro del panel resultaba evidente para todos.

—Si leemos aquí —dijo Luz—, nadie tendrá que adivinar si los demás ya empezaron.

Nerea observó el banco. Podían colocarse allí de dos en dos sin bloquear la puerta. El inconveniente seguía siendo el mismo: cuando iluminaban las letras, desaparecían las huellas; cuando veían las huellas, nadie podía releer el texto.

—No vamos a hacer dos cosas al mismo tiempo —decidió—. Una terminará antes de que comience la otra.

Llevó la lámina al banco y giró el panel hacia el texto. Ivo se puso a su lado. Nerea leyó la primera instrucción en voz normal, sin apresurarse. Ivo la repitió, señalando con la mano la banda de la entrada. Cuando discreparon en un símbolo, volvieron a mirarlo hasta decir lo mismo. Luz escuchó y repitió la indicación con sus palabras. Nadie entró todavía.

Solo entonces Nerea cambió el panel. El resplandor lejano volvió a dibujar las huellas. Los tres comprobaron que el primer tramo visible correspondía a lo que acababan de acordar. Luz avanzó primero hasta la marca siguiente. Ivo permaneció en la boca del corredor, a la vista de Nerea, y confirmó dónde se había detenido. Volvieron los dos al banco antes de leer el segundo tramo.

El recorrido fue lento. En la tercera secuencia encontraron una placa inclinada donde la lámina anunciaba un suelo continuo. Nerea detuvo la prueba y anotó la diferencia. No intentaron ajustar sus pasos a un documento equivocado. Usaron el panel de distancia para reconocer la posición real y regresaron a las instrucciones de cerca antes de decidir otro movimiento permitido por el refugio.

Cuando alcanzaron el acceso manual, habían pasado por el banco cuatro veces más de lo necesario según el plan antiguo. Ninguno lo llamó pérdida de tiempo. Ivo mantuvo la puerta abierta mientras Luz recuperaba el suministro; Nerea aguardó con la lámpara orientada hacia el suelo hasta que todos regresaron.

Por la tarde trasladaron el puesto de lectura al banco de forma permanente. No añadieron una tercera cara imposible al aparato: instalaron una superficie donde las instrucciones podían compartirse y dejaron un espacio marcado para que nadie avanzara antes de que dos personas las hubieran repetido.

En el registro, Nerea escribió que el incidente no se había resuelto con más luz. La lámpara seguía iluminando solo una cosa cada vez. Habían cambiado el lugar y el momento en que cada persona podía comprenderla.

Esa noche, cuando Ivo se acercó con una nueva lámina, no extendió la mano hacia el interruptor. Esperó a que Luz llegara al banco y se puso a su lado. El corredor permaneció oscuro unos segundos más. Esta vez, nadie confundió la espera con una señal para avanzar.